

tiempo en casa del armero, el almuerzo había terminado y dejaba el restaurant.

El coche en que Cora acababa de subir, pasó rápidamente por el lado de Jorge Hamel, que la aperció alegre, sonriente, con el rostro un poco animado, tendida en el fondo del carruaje, mientras que su compañero, enardecido sin duda por copiosas libaciones le tomaba sus manos y las llevaba á sus labios.

Esto fué un relámpago, una especie de visión, pero á partir de este momento, Jorge, como confesó más tarde, perdió la razón. Si todos sus actos, desde aquel medio día hasta las cinco y media de la tarde, no hubiesen sido buscados y legalmente contestados, y no se le hubiese dicho: *Habéis hecho tal cosa, habéis entrado en tal calle, habéis hablado con tal persona*, jamás habría recordado lo ocurrido durante aquel intervalo. Los celos cuando llegan al paroxismo, embriagan; el hombre bajo el imperio de esta pasión habla y obra sin tener conciencia de ello, y al siguiente día no recuerda ni sus palabras ni sus actos.

Tomándolo de los documentos de que hemos sacado el dramático relato que va á seguir, el primer movimiento de Jorge Hamel, cuando el carruaje que llevaba á Cora pasó por delante de él, fue correr y tratar de alcanzarlo. Aquello no pudo seguir mucho. Los paseantes y comerciantes, á quienes aquella desordenada carrera en la calle más frecuentada del Havre asombraba, le siguieron con la vista y viéronle detenerse á poco, á la altura del Hotel de Europa. Una carretela de alquiler, con dos caballos, estaba estacionada cerca de la acera; Jorge se lanzó hacia el cocheró y le dijo:

—¿Véis aquel carruaje que pasa por allá, cerca del teatro? Dos luises para vos, si le alcanzáis.

—No lo conseguiré nunca,—dijo el cocheró:—es el carruaje del señor Mazilier hijo; tiene el mejor caballo del Havre y parece ir á buen trote en este momento.

—¡Probadlo, sin embargo!

El cocheró subió sobre el pescante y fustigó á sus

caballos, pero el cupé de Victor Mazilier había dado durante este tiempo la vuelta á la plaza de la Comedia, atravesado la calle del Comercio y tomado por la calle de la Chaussée, perdiéndose de vista.

Entonces le ocurrió la idea de ir al restaurant en que Cora acababa de almorzar, á preguntar á los mozos, los que sin duda podrían darle algunas indicaciones. El á quien se dirigió, temiendo desagradar á sus clientes, á los cuales conocía há largo tiempo, se negó á contestar á las preguntas de aquel desconocido, que le parecieron sospechosas.

Durante más de dos horas se perdieron las trazas de Jorge Hamel. Después de haber dejado su carruaje, desapareció en dirección á los terrenos, sobre los que están construídos los baños Frascati. A las cinco se le vió entrar en el Hotel de Indias. Un mozo que le encontró en la escalera, dijo á uno de sus camaradas:

—Mira al señor del 33 que pálido y agitado viene; se diría que medita una mala acción.

Tales son las diferentes notas que se han podido recoger más tarde, sobre los hechos y gestos de Jorge Hamel, en aquel día de junio de 186...

## XXI

¿Por qué Jorge volvió á las cinco al Hotel de Indias? No podía esperar que Cora volviese pronto; la víspera, cuando apenas conocía á Victor Mazilier, no lo dejó hasta las nueve de la noche; ahora que se conocían de una manera más íntima, todo inducía á creer que no se separarían tan pronto. Cuando más tarde se le interrogó sobre los motivos de aquella brusca vuelta, no pudo explicarse. Sin embargo, fácilmente se adivinaban; quebrantado de cuerpo y espíritu, volvía maquinalmente á reposar al lecho, al sitio de donde había partido aquella ma-

ñana, á donde ella debía volver más ó menos tarde. Con la mirada extraviada, los brazos caídos, hacia hora y media que ocupaba el mismo sitio, cuando la puerta se abrió. Contra toda previsión, Cora entró; iba sola.

—¡Toma! ¿Estáis ahí?—dijo al ver á Jorge.

Esta voz tan conocida le sacó de su abatimiento; se levantó de pronto. La razón le volvía, pero al mismo tiempo que la razón, una de esas cóleras, tanto más terribles cuanto más frías y contenidas están, se apoderó de él. Como la mirase en silencio, la joven dijo:

—Os asombráis de verme volver tan pronto, pero vengo para salir enseguida.

—¡Ah!

—Sí, vengo á buscar mi equipaje.

—¿Vais á París?

—No; me quedo en el Havre, pero dejo este hotel; quiero vivir en mi casa; he alquilado una habitación amueblada en Sainte-Adresse.

—¿Vais á vivir sin duda con el joven con quien os paseabais hoy en coche?

—No; voy á vivir sola. No quiero estar bajo el dominio de nadie, y puesto que hemos llegado á este capítulo, escuchadme, os lo ruego.

—Os escucho.

—No quiero dejaros,—dijo,—sin explicaros mi conducta.

—¿Me dejáis, pues?—preguntó Jorge.

—En todo caso, no podemos vivir juntos como hemos vivido en Nueva-Orleans. Recobro mi libertad y os devuelvo la vuestra.

Jorge iba á contestar, pero Cora le interrumpió, y sentándose en una butaca, á algunos pasos de éste, continuó:

—Ya veis, querido mío, que me he informado bien durante la travesía, y sobre todo, después de mi llegada á Francia. No soy la querida que os conviene. Os es preciso una mujer tranquila, honrada, algo provinciana; á mí me gusta el ruido, el movimiento, las fiestas, el lujo. ¡No he vivido hasta hoy y quiero vivir! En Nueva-Orleans, vos lo sabéis,

estaba privada de todos los placeres que podía pretender. Mi nacimiento, mi origen, me cerraron todas las puertas; quiero que ahora se abran ante mí; aspiro á gustar los placeres de que me he visto privada hasta hoy. Mi orgullo, mi vanidad, han sufrido cruelmente; quiero que estén satisfechos. Antes era hija de esclavos; mis antecesores fueron vendidos, castigados, humillados, martirizados; quiero, gracias á la posición que voy á ocupar, borrar todas esas vergüenzas. La joven de color, desdenada, despreciada, herida, levanta al fin la cabeza, se endereza, y pretende á su vez mandar y reinar. Sí, reinar sobre todos los corazones; el vuestro no me basta. ¿Qué existencia me ofrecéis? Una vida sencilla, retirada, ¿no es eso? Vida que me da horror. Quiero tener antes de un año, alhajas, coches, en fin, un tren completo.

Jorge la interrumpió, diciendo fríamente:

—¿Queréis, en una palabra, convertirnos en una cortesana?

—¡Sea! ¿Qué me importa el nombre, puesto que seré rica, reinaré y todos los hombres estarán á mis pies?

—¿Hablabais de humillaciones,—dijo el joven.—¿Creéis que no las sufren las de quienes aspiráis á ser rival? Se os despreciaba en América por causa de vuestro nacimiento, por vuestro origen, lo cual era una injusticia; aquí se os despreciará por el escándalo de vuestra conducta, y será de justicia.

—¿Quién me despreciará? Las madres de familia: esas se quedarán en sus salones. En cuanto á sus hijos, vendrán á mi casa y pagarán caro, os lo juro, los desaires de sus madres.

—Sí, sí,—dijo Jorge sin abandonar aquella terrible sangre fría, que hubiera debido hacer reflexionar á Cora,—veo perfectamente lo que pretendéis hacer; engulliréis algunas fortunas y destrozareis algunos corazones.

—El mayor número posible,—exclamó Cora con su habitual cinismo.

—¿Y vais á empezar por arruinar á alguno de los jóvenes con quienes habéis almorzado esta mañana?

—Precisamente; el hijo de uno de los más ricos armadores del Havre, el joven Víctor Mazilier, se ha enamorado locamente de mí, y me ha hecho delumbradores ofrecimientos.

—Id con cuidado, que hacer ofrecimientos nada cuesta.

—¡Oh! Tomaré mis medidas. No soy tan ignorante; he leído mucho, allá, tumbada en mi hamaca; vuestras novelas francesas me han hecho conocer la vida. Estoy al corriente de todas las *roneries* parisienses y de provincias,—añadió, engañada por la calma aparente de Jorge, y creyendo que hablaba con ella de amigo á amigo,—la casa que voy á habitar desde esta noche, ha sido alquilada á nombre del señor Mazilier.

—Es una garantía,—contestó el joven Hamel,—¿y es con él con quien tenéis el proyecto de reunirnos ahora?

—Sí, recibe algunos amigos y haré los honores de la casa.

El joven avanzó hacia Cora, y esta vez, con los puños cerrados, la voz contraída y pálido como un muerto:

—¿Habéis reflexionado el papel que hago en todo esto?—dijo.

—¿Vos?

—Sí, yo; yo, que acabo de desembarcar con vos, yo, á quien todo el mundo conocía como á vuestro amante en Nueva-Orleans, yo, cuyo nombre habéis llevado á bordo del *Zurich*, cuyo equipaje está mezclado con el vuestro.

—Eso no importa; vamos á separarlo.

Jorge no hizo caso de esta frase y continuó:

—¿Qué opinión queréis que puedan tener de mí vuestro señor Víctor Mazilier y todos esos jóvenes con quienes vais á reunirnos? ¡Dirán que tolero vuestra conducta, que quizás la aprovecho!

—¡Vaya, querido mío,—exclamó Cora,—dejadme en paz! En manera alguna sois responsable de mi conducta. No estamos ligados uno al otro por la eternidad; yo voy por mi lado y vos por el vuestro. ¡Si os escuchase, pardiez! Sé muy bien que parti-

riamos *juntitos* esta misma tarde para París, y allí *juntitos*, viviríamos maritalmente. Y ya os he dicho que no quiero. Segid, amigo mío, seguid, ¡oh! no me opongo á ello, por el contrario, lo desee; segnid siendo mi amante, pero dejadme conducirme á mi gusto y no me atormentéis con lo *qué se pensará*. Id á reunirnos á vuestra madre, yo me reuniré... á esos señores; abajo daré orden para que se lleven mi equipaje. Hasta la vista, y siempre para vos, cuando queráis. A propósito; los valores que os he confiado, os lo ruego.

—No os los devuelvo,—dijo Jorge.

—¿Por qué?—preguntó asombrada.

—Porque no tenéis necesidad de ello en este momento. Os quedaréis conmigo, y no partiréis para iros á reunir á esos señores.

—En verdad... ¿quién me lo impedirá?

—Yo,—contestó el joven lanzándose hacia la puerta.

—¡Ah! creéis eso,—exclamó Cora.—¿Es así del modo como me recompensáis la franqueza que acabo de demostraros, la manera amistosa con que acabo de hablaros? Os olvidáis, amigo mío que no se me impide jamás lo que quiero hacer; no temo á nadie y á vos menos que á otro. ¡Vamos! basta de palabras, abridme, paso, quiero salir.

—No saldréis.

—¡Ah, no saldré!... Sí, saldré, y no llamaré á nadie en mi socorro, y seréis vos quien me abrirá.

—¿Qué haréis para eso?

Pálida, temblorosa, se acercó á él y le dijo:

—Te diré: Jorge, te he engañado esta mañana, y voy á engañarte esta noche.

—Mientes,—exclamó el joven,—no me engañarás más.

Y cogiendo el revólver de encima de la mesa, el revólver que le había regalado á ella, le hizo fuego.

## XXII

Todo el Hotel de Indias se encontró en pie en un instante. Se miró, se consultó y se estuvo de acuerdo en que la detonación provenía del segundo piso, del departamento número 33. Enseguida el dueño del hotel, seguido de sus criados y de varios viajeros, se lanzaron á la escalera; la llave estaba puesta en la puerta, y pudieron entrar sin ninguna dificultad.

En medio de la habitación, Cora estaba tendida sin movimiento. Un chorro de sangre corría de la herida que había recibido y la inundaba por completo. A tres pasos de ella, Jorge, de pie, ceñudo, silencioso, tenía todavía el revólver en la mano. No volvió la cabeza para mirar á las gentes que se apresuraban á entrar en la habitación; el matador parecía tan inanimado como la víctima.

—¡Pronto, pronto, un Médico!— exclamaron unos.—¡El Comisario de Policía!—gritaban otros.—¡Es preciso detenerlo!—argumentaba un mozo.—¡Guardáos de ello, está todavía armado!—objetó un curioso.

—¡Al asesino!—vociferaban varias personas en la escalera.

Estos gritos hicieron salir á Jorge de su estupor; miró á su alrededor y comprendió lo que pasaba. El asesino era él, no había duda posible; estaba perdido. Entonces arrojó una última mirada sobre Cora; no mirada de odio, sino de amor. Sus labios se entreabrieron para murmurar una plegaria y dirigir un último adiós á su madre. Después levantó el revólver y apoyó el cañón contra la sien derecha. Pero uno de los asistentes, más intrépido que los demás, acababa de deslizarse detrás de él, y cogiéndole el arma se la arrancó de las manos. Entonces

Jorge dió un paso y se lanzó hacia la ventana para precipitarse á la calle. Estaba desarmado; ya no se le temía. Diez personas le cogieron al mismo tiempo y lo arrastraron.

—¡Ah!—murmuró con voz débil,—¿por qué impedirme el matarme?

Se le cogió de las manos y él se dejó hacer, con los ojos siempre fijos sobre Cora. Nuevos gritos, lanzados por las personas que habían quedado sobre la escalera, se dejaron oír:

—¡He aquí el Comisario de Policía!—decían.

Este entró seguido de un Médico y de dos Agentes, y su primer cuidado, después de darse cuenta de la escena, fué hacer evacuar la habitación. El Médico se arrodilló delante de Cora, le incorporó la cabeza y examinó la herida. Jorge de pie, con las manos atadas, miraba al Médico, esperando con ansiedad su dictamen facultativo. En la escalera se oían confusos murmullos y en la calle la gritería de la gente, arremolinada bajo los balcones del hotel.

Después de un corto examen, el Médico levantó la cabeza y dijo al Comisario:

—La herida no es mortal; pero esta desgraciada se ha desfigurado para siempre.

El Médico echó mano del botiquín de que venía provisto, pidió agua y trapos de hilo, y procedió á la primera cura. Al cabo de algunos minutos, la hemorragia fue detenida, el desvanecimiento cesó y Cora pudo abrir los ojos. El dolor se los hizo cerrar después de haber arrojado una mirada á su alrededor. De pronto apercebí á Jorge é hizo un brusco movimiento, que hizo volver abrir la herida. La sangre corrió de nuevo y se desvaneció. El Médico después de haberle prestado sus cuidados, se adelantó hacia el Comisario y le dijo en voz baja:

—Temo que la enferma, al volver en sí, aperciba de nuevo al que la ha puesto en este triste estado. ¿No podríais,—continuó señalando á Jorge,—hacer salir á ese hombre de la habitación?

—Sí, por cierto,—dijo el Comisario,—voy á conducirlo á la cárcel de la ciudad. Me veo sin embargo, obligado á hacerle sufrir un corto interrogatorio.

—Despachad,—replicó el Doctor.

El Comisario de Policía se adelantó hacia Jorge; lo movió por un brazo para sacarlo del abatimiento en que parecía estar sumido, y le dijo:

—¿Cómo os llamáis?

—Jorge Hamel.

—¿Dónde vivís?

—No tengo aún domicilio; llegué ayer de América á bordo del *Zurich*.

—Sois francés, sin embargo. ¿No pertenecéis á ningún consulado extranjero?

—No; soy francés.

—¿Reconocéis haber hecho un disparo de revólver sobre esa mujer?

—Sí, señor.

—¿Ha sido con intención, ó accidentalmente?

Jorge reflexionó, y dijo:

—No sé á punto fijo lo que ha pasado, pero creo haber tenido intención de tirar.

—¿Qué motivo teníais para cometer ese crimen?

—Me había hecho muy desgraciado,—contestó,—y yo la amaba mucho!

—Está bien,—dijo el Comisario,—por el momento este interrogatorio basta.

Llamó á sus dos Agentes y les dió una orden en voz baja. Avanzaron hacia Jorge, le cogieron cada uno por un brazo y se lo llevaron; el joven se dejó llevar sin ninguna resistencia, después de haber arrojado una última mirada sobre el rostro de Cora.

Al quedar solo con el Médico, el Comisario le preguntó si la herida estaría pronto en estado de contestar á dos importantes preguntas.

—Es imposible por el momento,—dijo el Doctor.—En dos palabras voy á explicaros su herida. En la región *nasolabial* izquierda á nivel del vomer hay una herida redonda que mide doce milímetros de diámetro; sobre la mejilla derecha á la altura del espacio inter-maxilar, hay otra herida irregular más grande que la primera y cuyos bordes, salientes, presentan desgarraduras dispuestas en forma de radios. El cielo de la boca está fracturado, dos mue-

las han sido arrancadas por el proyectil dejando descubierto el seno maxilar. En fin, por la abertura hecha en el paladar y que mide dos centímetros de delante á atrás, por un centímetro transversal, se descubre el vomer perforado en su parte inferior.

—En conclusión, que la desgraciada no puede hablar en este momento,—dijo el Comisario interrumpiendo al hombre de ciencia, que parecía complacerse en aquellas explicaciones quirúrgicas.

—Evidentemente,—contestó éste.

—Pero cuando haya vuelto en sí, ¿no podrían hacérsele una ó dos preguntas, á las cuales bastará contestar por una seña?

—No veo en ello ningún obstáculo,—contestó el Doctor.—Si las preguntas son indispensables, creo es preferible hacérselas ahora, porque la fiebre no tardará en declararse.

Algunos minutos después de esta corta conversación, Cora abrió los ojos de nuevo. La inteligencia que parecía brillar en su mirada, á pesar de los vivos dolores que debía experimentar, autorizó al Doctor á permitir al Comisario de Policía aprovecharse de ella y hablarla.

—Tengo una pregunta importante que haceros,—dijo inclinándose sobre la enferma.—No tratéis de contestarme de viva voz, haced solamente un esfuerzo para escribir dos líneas sobre este papel. ¿Tendréis fuerzas?

—Sí,—dijo la joven con la cabeza.

El Comisario puso el lápiz en sus manos y deslizó un papel bajo sus dedos, y dijo:

—Por qué el llamado Jorge Hamel os ha disparado un tiro de revólver?

La joven pareció reflexionar un instante; después un fulgor extraño brilló en su mirada, y con mano firme escribió estas palabras:

*Acababa de robarme y quería matarme, para impedir que lo denunciara. Encontraréis sobre él sesenta mil francos en valores que me pertenecen.*

Llevado á cabo este acto de venganza, cayó desfallecida sobre su lecho.

## XXIII

Tranquilizada por la mañana por las promesas de su hijo, y sobre todo por la calma con que le había hablado la señora Hamel, pasó bastante buen día.

—Me ha jurado, — se decía, — volver esta noche para estar siempre conmigo y cumplirá su juramento. Está sin duda despidiéndose de esa mujer, le explica el por que la deja y arregla las cuestiones de interés. Pero ya no temo más; no me hubiera hablado de ella tan friamente; no la hubiera juzgado con tanta severidad si la amase aún. Su corazón es demasiado bueno para engañarme; en adelante me pertenerá por completo.

Hacia las cuatro de la tarde, cuando el calor iba ya de capa caída, la señora salió para tomar el aire. En la puerta del hotel se preguntó hacia que lado se dirigiría, si para el centro de la ciudad ó hacia el muelle. Si en aquel momento hubiese tomado por la calle de París ó la plaza de la Comedia, muy probablemente se hubiera encontrado con Jorge. Habría podido hablar con él, calmar su irritación, y la espantosa catástrofe que hemos contado en el capítulo anterior, se hubiera conjurado. Pero la casualidad quiso que se dirigiese hacia el muelle; tenía deseos de volver al sitio en que su hijo había aparecido la víspera. ¡De qué depende muchas veces el destino humano!

La señora Hamel acababa de pasar por delante de la torre de señales, le pareció reconocer en una persona que se paseaba lentamente, á manera de centinela, ó mejor dicho, marino haciendo su cuarto, al viejo Capitán de buque, cuyos servicios le habían sido tan útiles la víspera. Marchó vivamente hacia él, que también acababa de reconocerla, y le dijo: —¡Ah, Capitán; me alegro mucho de encontra-

ros! Me habréis tomado á buen seguro por una ingrata. ¡Pensar que os dejé ayer sin daros las gracias siquiera!

—¡Gracias! — dijo el anciano con su habitual brusquedad, — créis que contaba con ellas; ¡dejar á vuestro hijo para volver á verme! ¡Por eso sí que no os lo hubiera perdonado!

Y cambiando de tono, añadió:

—Y bien. ¡Ya poseéis á vuestro querido hijo! ¡Feliz madre!

—¡Oh! sí, muy feliz, — dijo la madre.

—Le habréis encontrado crecido, guapo, más amable que nunca. Este es el efecto que me producen mis hijos cada vez que vienen de un largo viaje. ¡Ah, caramba, que majaderos somos!

La señora Hamel se rió de la expresión, y tomó el brazo que la había tendido el excelente hombre. Pasearon largo rato, hablando del que había llegado la víspera, y de los que corrían aún por los mares, y como ambos se comprendían perfectamente, no se separaban.

—Capitán, — dijo á cosa de las cinco la señora Hamel á su compañero, — ¿vamos á continuar nuestra conversación á mi hotel? Está á dos pasos y mi hijo no tardará en reunírsenos. Quizás me espera ya. Tendría un gran placer en presentaros, y á él darle ocasión de agradeceros todas las atenciones que tuvisteis ayer conmigo.

—¡Sea! — contestó, — pero un viejo lobo de mar como yo, no se deja engañar. Acabáis de hacerme el elogio de vuestro hijo y queréis probarme que habéis quedado muy por debajo de la verdad. Es la coquetería maternal.

—¡Bien, sí, Capitán! — dijo con una sonrisa encantadora. — Confieso mis debilidades.

Un cuarto de hora después, la señora Hamel estaba sentada frente al Capitán, en la habitación que ocupaba del Hotel del Almirantazgo. Bien pronto, sin embargo, la conversación, tan viva un momento antes, languideció. Una especie de vaga inquietud empezó á apoderarse de la madre de Jorge. Se decía que su hijo tardaba mucho; se preguntaba si aque-

lla mujer no habría conseguido retenerlo, y si él no habría olvidado sus promesas y cambiado sus intenciones. El buen tiempo se iba á convertir en tempestad; en el salón hacia un calor sofocante; la señora Hamel se levantó y abrió una ventana.

—¡Calla! —dijo mirando afuera, —¿por qué toda esa gente en la calle? ¿Sabéis el motivo, Capitán? Este se la reunió y dijo:

—No; no me explico lo que pasa; esas gentes parecen agitadas; hablan con animación. ¿Habrá ocurrido algún accidente en el mar? Si me lo permitís, Señora, iré á informarme.

—Como gustéis Capitán; os espero.

El viejo marino salió, y volvió á los cinco minutos.

—Según parece, —dijo reuniéndose á la señora Hamel, que no había abandonado la ventana, —se ha cometido un asesinato hace un momento, á dos pasos de aquí, en el Hotel de Indias.

—¡Ah, Dios mío! —dijo la señora con interés, —¿y sobre quién?

—Sobre una joven que habitaba el hotel desde ayer, y de la que nadie ha podido decir su nombre.

—¡Y nosotros estábamos tan tranquilos mientras se cometía á nuestro lado un asesinato! ¿Y quién es el asesino?

—Un joven de veinticinco á treinta años; ha sido arrestado enseguida.

De pronto la señora Hamel, hasta entonces casi indiferente, ante aquellos detalles palideció y apoyóse contra la balaustrada de la ventana para no caer. Una idea insensata acababa de atravesar su cerebro, pero la rechazó enseguida, y dijo sonriendo al Capitán:

—¡Ah! teníais razón hace un instante; ¡que ridículas son las madres!

—Los padres no les van en zaga, —contestó el anciano.

Entretanto, la multitud engrosaba en la calle y extendía por delante del hotel del Almirantazgo, y las voces llegaban hasta la ventana ocupada por la señora Hamel y el Capitán, que podían distinguir gritos como éstos:

—¡Van á llevarlo á la cárcel!

—¡El asunto es claro!

—¡Ah! ¡He aquí el carruaje que el Agente de Policía ha ido á buscar!

—¡Paso, paso, que estorbáis!

—¡Es un desgraciado!

Un carruaje acababa, en efecto, de llegar. La multitud que invadía el tránsito, calló y abrió paso. El cochero paró sus caballos delante del Hotel de Indias. El polizonte que ocupaba el carruaje, descendió precipitadamente y se hizo abrir la puerta del hotel que se había creído deber cerrar.

Varios *appariteurs* (\*) corrian de un lado para otro, rechazando á los curiosos y abriendo sitio entre el hotel y el carruaje.

—¡Ya baja! —exclamaba la chusma.

—¡Helo ahí, helo ahí!

—¡Atención!

Un muchacho de unos diez años, conocedor sin duda de las costumbres parisienses, había levantado sobre la acera un tonel, y se esforzaba en gritar con su débil voz:

—¡Sitios para alquilar, á cinco céntimos!

La gente se estrechaba, se magullaba, los chiquillos se subían sobre los hombros de los mayores. Los granujillas estaban encaramados sobre el techo de los sitios de los aduaneros, y de las casillas de madera destinadas á los empleados de los vapores de Trouville y de Honfleur.

La señora Hamel no podía separarse de la ventana; una fuerza invencible, quizás un secreto presentimiento, la clavaban en su sitio. Cerca de ella, el Capitán miraba con interés.

—¡Imbéciles! —murmuraba de cuando en cuando, —se estrujan para ver... ¿el qué? pregunto yo... á un señor que se parece á todo el mundo.

—Un desgraciado, trastornado por la miseria ó la pasión, —decía la señora Hamel.

—¡Sitios para alquilar, á cinco céntimos, á cinco céntimos! —berreaba el muchacho antes citado.

\*. Nombre que dan en el Havre á los Municipales.

El ruido cesó como por encanto. La puerta del hotel acababa de abrirse, Jorge apareció; tenía las manos atadas á la espalda y dos Agentes, para mayor precaución, le tenían cogido por los brazos.

Un grito desgarrador partió de una ventana del Hotel del Almirantazgo; era la señora Hamel, que acababa de reconocer á su hijo.

## XXIV

El día que pasaban estos acontecimientos, el señor de T..., á la sazón Procurador imperial del Havre, comía en familia cuando fueron á advertirle que una señora deseaba verle.

—¿Habéis dicho que estoy comiendo?—dijo el señor de T... á su doméstico.

—Sí, señor; pero esa señora insiste mucho y asegura que se trata de un asunto de los más graves. Viene acompañada por un Capitán de barco que el señor conoce.

—Está bien; hacedlos entrar en mi despacho.

Algunos minutos después, el señor de T..., se reunía á la señora Hamel y su compañero.

—Permitidme, señor Procurador imperial,—dijo este último,—presentaros á una desgraciada madre, y llamar sobre ella toda vuestra benevolencia. Está demasiado conmovida en este momento para explicaros lo que la trae cerca de vos; si me autorizáis, á decíroslo en dos palabras...

—Hablad, señor.

—La señora es viuda,—repuso el Capitán;—habita en París y ha venido al Havre á esperar á su hijo, que residía desde hace algunos años en Nueva-Orleans, y que llegó ayer. Ese hijo ha salido esta mañana y le esperábamos en el Hotel del Almirantazgo, donde vive la señora, cuando hemos visto una gran multitud invadir el muelle. Se hablaba de

un joven que había hecho un disparo de revólver sobre una mujer; de pronto ese joven ha pasado por delante de nosotros y lo ha reconocido: era su hijo.

—¿La señora se llama entonces, señora Hamel? El Comisario de Policía ya me ha enviado una nota acerca del asunto este. Es de los más graves y voy á ocuparme de él. Como, señora, es vuestro hijo quien...

Hizo un violento esfuerzo sobre sí misma para vencer su emoción y exclamó:

—¡Es inocente, señor, es inocente! Os lo juro. ¡Oh, si le conocierais, si supierais qué bueno, honrado y valiente es!... Hay algún error... Se le ha arrestado sin oírle... Pero vos podéis hacerle poner en libertad, señor... todo se explicará.

Los sollozos le cortaron la voz; cuando pareció calmarse algo, el Procurador imperial tomó la palabra:

—Señora, habéis venido á verme en la esperanza de que mis funciones me permitirían seros útil. Vuestro dolor me conmueve profundamente y estoy dispuesto á servirlos. Pero en vuestro interés, en el de vuestro hijo, y un poco también en el de la sociedad, que yo represento, me parece importante no empezar á hacerse ilusiones. Me decís: *Mi hijo no es culpable*. Yo os contesto: *Sí lo es*. Según la nota que tengo aquí, no cabe duda alguna acerca de esta cuestión. Se ha disparado un tiro de revólver sobre una mujer, una extranjera que habita en el Hotel de Indias, desde ayer; el que es culpable de este acto, se llama Jorge Hamel; esto es indiscutible. Ahora bien; ¿se trata de un crimen ó de un accidente? Preguntado por el Comisario de Policía, vuestro hijo contesta: *Sí, creo haber tirado*; é interrogado sobre el motivo que le ha impulsado: *¡Me hacía muy desgraciado; la amaba mucho!* exclamó.

—Se engaña, señor, se engaña,—dijo la desgraciada madre.—Ha podido tener una discusión con esa mujer, una querrela, ¿qué se yo? Un arma estaba á su alcance, la habrá cogido y se ha escapado el tiro. Y en su desesperación, en su estupor, habrá contestado sin saber qué.



El Procurador imperial no creyó deber hacer notar lo inverosímil de aquella versión. En su ya larga carrera, los asuntos criminales de todos géneros habían desfilado por delante de él; dábase también cuenta exacta de este. Un hijo de familia en un momento de locura, de desesperación, á consecuencia de una escena de celos, había disparado un tiro á su querida. Ordinariamente la bala va á romper un cristal ó se pierde en la pared; los dos amantes pasan el disgusto y la Justicia no interviene. En este caso, la bala, por desgracia, había llegado al blanco: había herida, y herida grave. Los Tribunales debían intervenir. Pero el culpable podía ser digno de indulgencia. Esto es lo que quería saber lo antes posible el señor de T...

—¿Estaréis sin duda al corriente, señora,—dijo á la de Hamel,—de las relaciones de vuestro hijo con esa mujer, y me podréis dar algunas noticias á propósito de ella?

—Dispensadme, señor;—contestó la dama.—Jorge me ha confiado siempre sus más secretos pensamientos. Ayer y esta mañana aún, me decía lo que esa mujer le ha hecho sufrir. La conoció en América y cedió á traerla á Francia. ¿Qué queréis? ¡Es tan joven! No me tenía á su lado para guiarlo y su padre acababa de morir. Solo, entregado á una especie de abandono, ha dejado que esa mujer tomase sobre él un imperio del que cruelmente ha abusado. Pero quería dejarla; debía esta misma noche partir conmigo para París, después de haberla despedido durante el día; me lo había jurado.

—Es lo que yo pienso,—se dijo el Procurador imperial.—Querélla, escena, arrebató... no puede haber premeditación. Se tratará de curar á la mujer lo antes posible y apaciguarla con dinero; el asunto podrá resolverse correccionalmente.

Buscaba algunas palabras que sin comprometer su responsabilidad, tranquilizaran algo á la señora Hamel, cuando le trajeron una nueva nota del Comisario de Policía. Este Magistrado le daba cuenta de la acusación de robo hecha por Cora contra Jorge Hamel, acusación que venía á apoyar el descubri-

miento hecho sobre el detenido, de una cartera conteniendo sesenta mil francos en valores á nombre de la señorita Cora. Enviaba otra declaración del armero á quien Jorge había inútilmente tratado de comprar un par de pistolas. En fin, el Comisario de Policía informaba al Procurador imperial de que apenas llegado á la prisión el acusado había otra vez querido atentar á su vida y que se había visto obligado á ponerle centinelas de vista.

De modo que en un instante el asunto acababa de cambiar de aspecto. Ya no era una cuestión de heridas hechas sin intención de causar la muerte y en un momento de arrebató causado por los celos. Se trataba de robo seguido de tentativa de asesinato, y la premeditación parecía evidente con lo dicho por el primer testigo que se había podido recoger.

El Procurador imperial miró á la señora Hamel y leyó sobre su rostro la terrible emoción que experimentaba. No tuvo valor para decirle la verdad. ¿Y á qué darle una esperanza? Sería una cosa tonta. Pero como aquella falsa posición no podía prolongarse, dijo levantándose:

—Señora, os doy mis excusas; me veo obligado á salir.

—Sí, señor; sí, comprendo, pero mi hijo...

—No puedo hacer nada por él en este momento, señora; es preciso que se forme la sumaria.

—¡Ah, Dios mío! Pero le veré, ¿no eso? ¿Me permitiréis reunirme á él en la prisión?

—Por esta noche es imposible, señora.

—¿Qué decís?... ¡Oh! ¡Señor... pensad, pues... qué le va á ocurrir al pobre hijo mío... se creará abandonado, perdido! ¡Ah, sí se mata!—exclamó la pobre madre con acento desgarrador.

Su instinto maternal le hacía adivinar los peligros que corría Jorge.

—Escribidle, señora,—dijo el Procurador imperial, espantado ante la idea de un suicidio del que los periódicos no dejarían de culpar á la Autoridad.—Decidle que le ordenáis, que le suplicáis que viva. Tomad, señora, he aquí lo necesario para escribir.

La señora Hamel se sentó ante el escritorio del señor de T... y escribió cuatro páginas, no interrumpiéndose más que para secarse las lágrimas que oscurecían su vista. Aquella carta, que el Abogado de Jorge leyó más tarde en la Audiencia, era admirable. Terminaba con estas palabras: *Si no eres culpable, vive para salvar tu honor ultrajado; si lo eres vive. ¡Oh! Vive todavía, vive por tu madre que no puede pasarse sin ti, que te perdona, y que tu muerte la mataría.*

## XXV

Dos meses después de los acontecimientos que acabamos de narrar, Jorge Hamel compareció ante la Audiencia del *Seine-Inférieure*, distrito de Rouen.

Todas las influencias buscadas por la señora Hamel en favor de su hijo fueron inútiles; aquel asunto había tomado demasiada publicidad para que la acción de la Justicia pudiera entibiarse y para que el ministerio fiscal, aun deseándolo, usara de indulgencia.

Víctor Mazilier había visto en aquel crimen una ocasión de hacer hablar de él, de hacerse un *Lovelace*, cuyo accidente había venido á deshacer sus más queridas esperanzas. Al oírlo quejarse, se hubiera podido creer que la bala que había herido á Cora, le había alcanzado á él también. Sus amigos, en recuerdo del almuerzo de la calle de París, hicieron coro con él, y como estos señores, por sus relaciones y su fortuna ejercían cierta influencia sobre la opinión, el Havre, y bien pronto Rouen y París se emocionaron de verdad.

La acusación de robo hecha contra Jorge Hamel, había sido tan precisa, Cora la había renovado más tarde con tanta seguridad, que las personas dispuestas en un principio por interesarse por el acusado, en considerarlo como víctima de una pasión

desordenada, en prestarle todos los encantos de un héroe de novela, habían visto de pronto enfriarse su entusiasmo. Para ellos, Jorge no era más que un vulgar malhechor, y si aquel proceso excitaba vivamente la curiosidad, era porque el acusado pertenecía á cierta clase de la sociedad y que no se podía prohibir una viva simpatía por aquella Cora, tan hermosa antes y ahora tan desfigurada.

A las nueve y media de la mañana del 22 de agosto de 186..., las puertas de la Audiencia se abrieron al público.

La señora Hamel y Cora, separadas por algunas personas, estaban en el banco de los testigos. Una había hecho un supremo llamamiento á su valor para asistir á su hijo hasta la última hora. La otra, olvidando su coquetería, que hubiera debido prohibirla presentarse en público en el estado en que se encontraba, había querido sostener de viva voz su acusación, y proseguir hasta el fin, su venganza. Después de constituido el Jurado y cuando el reo fue llevado á la Audiencia, el Presidente de la Sala ordenó dar lectura al acta de acusación. Terminaba con estas palabras:

*En consecuencia, Jorge Hamel, es acusado de haber el 12 de junio de 186..., en el Havre, cometido, con premeditación, una tentativa de asesinato sobre la persona llamada Cora, tentativa manifestada por un principio de ejecución, que no dió resultado por circunstancias independientes de la voluntad de su autor;*

*De haber, además, el mismo día y en el mismo lugar, cometido, á la señorita Cora, un robo con violencia, habiendo dejado señales de heridas ó contusiones, crimen previsto por los artículos 2.º, 296, 297, 304 y 382 del Código penal.*

Interrogado por el Presidente, después de las formalidades de ordenanza, Jorge Hamel reconoció haber, en un momento de obcecación y de locura, que deploraba con toda su alma, hecho un disparo de revólver sobre su querida. Pero protestó enérgicamente contra la acusación de robo que Cora ha-

hía arrojado sobre él. Terminó diciendo que dejaba á su Defensor el cuidado de demostrar la falsedad de aquella acusación.

Cuando Cora avanzó hacia la mesa, un vivo movimiento de curiosidad se manifestó en el público. Una gran parte de su rostro estaba cubierto por una venda. Se levantó para poder contestar á las preguntas del Presidente. Como él preguntase si persistía en la declaración que habla puesto por escrito en manos del Juez de instrucción, pareció hacer un esfuerzo para vencer un dolor muy vivo y dijo limpiamente:

—Sí, persisto.

Y después, volviéndose de pronto hacia Jorge Hamel, y tendiendo el brazo en su dirección, exclamó:

—¡No es solamente asesino, es un ladrón!

Su gesto era elocuente y persuasiva su voz; sus ojos tenían una expresión extraña. Una especie de estremecimiento corrió por todo el auditorio, mientras Jorge murmuraba al oído de su defensor:

—¡Se venga!

Felizmente, el interrogatorio de la señora Hamel, destruiría bien pronto el mal efecto producido sobre el Jurado, por las declaraciones de Cora. Aquella mujer de mundo, que no había quizás nunca elevado la voz en público, aquella madre tan tímida y tan débil, avanzó bravamente ante la mesa, agradeció á los Jueces la autorización que la habían dado de no asistir á los debates, pero declaró que, por el contrario, ella había querido tomar parte. Después, volviéndose hacia el Jurado, sin que el Presidente, á pesar de la irregularidad cometida, creyese poder quitarle la palabra, defendió enérgicamente á su hijo. Encontró expresiones conmovedoras para pintar el amor que tenía por ella, los cuidados encantadores de que la había rodeado en su juventud, y leyó la última carta que le escribió desde Nueva-Orleans, para anunciarle su vuelta. Trató de demostrar que aquella acusación de robo era inadmisibile. ¿No tenía ella una considerable fortuna, de la que su hijo podía disponer á su gusto? ¿No acababa de

heredar de su padre más de trescientos mil francos, y no había enviado aquella fortuna á Francia, escribiendo á su madre que le cedía todos sus derechos? ¿Con qué objeto hubiera querido apropiarse de sesenta mil francos en valores, pertenecientes á una mujer á quien amaba, y á la que hubiera sacrificado todo, si ella hubiese querido?

En fin, volviéndose hacia Cora, como ella lo había hecho hacia Jorge, le dijo:

*Señora: lleváis la mejor parte en este asunto; reclamad á mi hijo una suma de dinero por el daño físico que os ha causado. Lo comprendemos; mi hijo ha cometido una gran falta y quiere repararla, en lo posible; nuestra fortuna entera, es lo que os ofrecemos, la suya, la mía, poco nos importa, aceptamos la miseria; pero renunciad á vuestra terrible acusación, no hagáis seguir este proceso, no indispongáis más tiempo á la Justicia en contra nuestra, no nos deshonréis. Es una madre quien os habla, señora; yo no os he hecho nada; si no tenéis piedad de mi hijo, tenedla de mí, señora.*

Cuando hubo terminado de hablar, uno de los Jurados se levantó y rogó al señor Presidente que interrogara de nuevo á Cora y le preguntase si persistía en sus declaraciones. El Presidente hizo la pregunta y Cora contestó que mantenía la acusación.

Pasaremos en silencio diferentes testigos, que no pueden interesar al lector. Víctor Mazilier, en su declaración, no obtuvo el éxito que esperaba. Como quiso meterse en muchos floreos y hacer la apología de la belleza de Cora, el Presidente le interrumpió de un modo seco y le hizo volver á su sitio.

El Abogado general sostuvo la acusación y habló como hablan, desgraciadamente, con mucha frecuencia los Abogados generales. En vez de ser sobrio, frío y calmado, fue elocuente, apasionado y ardiente en el ataque. Buscó todos los antecedentes de Jorge Hamel: le pintó irascible y violento; hizo un crimen de sus turbulencias, cuando estaba en el barrio Latino; condenó hasta las tendencias liberales del estudiante y del joven. Se extendió largamente sobre su primer duelo político, á los veinte años, sobre su arresto, á consecuencia de los

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1910. 2628 MONTERREY, MEXICO

dados á un Agente de Policía, sobre su segundo duelo que había terminado con la muerte de John de B... Esta última parte fue presentada de tal manera, que Jorge aparecía como un implacable duelista, y su adversario John de B... el inocente mártir de una santa causa, el hombre tímido que se bate porque lo han provocado.

—Ya veis, señores,—exclamó el Abogado general, terminando la primera parte de su discurso,—apenas salido del colegio, el acusado se pone en lucha abierta con la Sociedad, burlase de la Autoridad, hiere á los Agentes encargados de hacerla respetar, toma una espada y hiere gravemente á uno de sus condiscípulos, que no ha cometido otro daño que no participar de sus ideas subversivas! Bien pronto su permanencia en París es demasiado peligrosa para él; su desgraciada madre teme que cometa nuevas faltas, y lo envía á los Estados-Unidos. ¿Creéis, señores Jurados, que va á cambiar de conducta? No. En reconocimiento de la hospitalidad que le ofrezcan los criollos de Nueva-Orleans, escarnece sus ideas, sus opiniones, sus usos. Se protesta y entonces injuria y ultraja. Se le llama al terreno; corre á él. ¡Oh! Cuando se trata de coger un arma, sea espada ó revólver, siempre está dispuesto... Señores, el ministro de Justicia ha escrito á Nueva-Orleans, para obtener detalles de aquel duelo. ¿Sabéis lo que se le ha contestado? John de B... tenía, cuando espiró, el cuerpo lleno de heridas: en el brazo, en el pecho, en el cuello, y su adversario hería, hería siempre. He ahí al hombre que tenéis hoy que juzgar.

## XXVI

La segunda parte del discurso del Abogado general empezó como una égloga. Contó la llegada de Cora á Francia.

—Es joven,—dijo,—bella y adorablemente encantadora. Todos los que la han tratado, Víctor Mazilier y sus amigos, alaban la dulzura de su carácter, la amenidad de sus maneras. ¡Pobre mujer! Ha oído hablar, allá en su país, de la civilización europea, de la galantería francesa. Ha confiado en nuestra hospitalidad, en nuestro honor, y ya había formado proyectos. Contaba con ir á París, pero la Normandía le pareció tan bella, este departamento del *Seine-Inférieure* en que habéis nacido, señores Jurados, le sonreía de tal modo, que decidió quedarse en el Havre. Hacía sus preparativos de instalación, tan ategre, tan feliz; el dueño del Hotel de Indias lo ha dicho, señores: todo en ella respiraba felicidad. Apenas había transcurrido media hora de su vuelta, cuando se oyó una terrible detonación, corrieron. La desgraciada yacía bañada en su sangre; aquella hermosa criatura estaba desfigurada para siempre... ¿Qué había pasado durante aquella media hora?

El Abogado general trató de establecer la acusación de robo sobre bases sólidas é irrefutables. Pero en esta parte de su requisitoria se mostró más débil y se vió obligado á lanzarse al terreno de la fantasía. Según él, Cora estorbaba á Jorge Hamel; le incomodaba su vida. Aquella desgraciada le amaba ardientemente, hasta el punto de que un día en América le hizo comprar un revólver, diciéndole: *Si algún día me engañas, te mataré.* Fue el mismo acusado quien espontáneamente delante del Juez repitió estas palabras. ¿Cómo deshacerse de aquella mujer? Robarla, y cuando se encontrase sola, sin recursos, se debilitaría; ella, fiel hasta entonces, quizás cometiese alguna falta hacia él; escucharía, quizás, las palabras de todos esos jóvenes que la admiraban desde el día de su llegada, y entonces él la diría: *Me has engañado, eres indigna de mí; vete.* ¿Quién le impedía robarla? Estaban solos; él la cogió, le arrancó la cartera que contenía los valores y se dispuso á partir. Aquella misma noche se pondría en camino para París. Pero ella protestó; gritaría y llamaría en su socorro. El se veía deteni-

do y condenado como ladrón. Entonces coge una pistola y hace fuego.

Para la cuestión de premeditación, el Abogado general no tiene necesidad de muchos recursos de imaginación; los hechos lo dicen todo.

—¿Es que un hombre celoso,—exclama,—pensaría en ir á comprar una pistola, en vista de la querrela que quizás tenga con su querida? ¡Vamos! El quería un arma porque meditaba una mala acción; esto es evidente, es cierto.

El Abogado general concluyó pidiendo al Jurado un castigo terrible, tanto más terrible cuanto que la víctima era una mujer y extranjera.

—¿Qué respeto,—dice,—tendrían los americanos por nuestra nación, si no sabemos vengarlos?

Después de haber suspendido un momento la vista, el Abogado defensor tomó la palabra.

Era éste el doctor X..., decano de los Abogados de Rouen. En estilo sencillo y elevado refutó los argumentos de la acusación y representó cada hecho, uno después de otro, de una manera nueva. En lo que concernía á los antecedentes del acusado, declaró que no conocía en nadie mejores.

—Es el amigo más desinteresado, el hijo más tierno que jamás ha existido. Se le reprocha el haber tomado parte algunas veces en las manifestaciones del barrio Latino. ¿Es un crimen el ser ardiente entusiasta por las grandes ideas? ¿Qué vienen á ser más tarde esos estudiantes que queréis representar tan terribles? Comerciantes, agricultores, artistas como vosotros, señores Jurados: frecuentemente llevan la toga y el birrete como vosotros, señores Magistrados. ¡Ah! ¡Le reprocháis sus dos duelos! El primero no se cuenta. En verdad, señores, es una ligereza y me asombra que el Ministerio público haya hecho mención de él. En cuanto al segundo, voy á contarle, pero no á vuestra manera, sino á la mía, que es la verdadera, porque se apoya sobre documentos auténticos, periódicos del país, cartas que se me han escrito de Nueva-Orleans. Helas aquí: voy á leerlas y juzgaréis.

Después de esta lectura, el señor X... exclamó:

—He ahí á John de B., he ahí á Jorge Hamel. He ahí cómo se han conducido uno y otro; he ahí cómo se han batido.

Abordando el fondo del asunto, el señor X..., con voz conmovedora, dijo los hechos tal como habían pasado, en toda su sencillez. El lector los conoce y sabe á qué sentimientos obedeció Jorge Hamel; no le absuelve quizás por completo, pero tiene para con él mucha indulgencia. Vé con qué objeto había querido procurarse un par de pistolas, y la premeditación es completamente destruída. Sabe cómo la cartera que contenía los valores de Cora se hallaba en manos de Jorge, y la idea de un robo no puede ser admitida.

En su peroración el señor X... se dirige á los Jurados, y les suplica indulgencia para con su cliente. Hace un supremo llamamiento á su conciencia y les muestra aquella madre, aquella mujer sublime, que está allí, á su lado, que llora y les tiende los brazos pidiendo que le devuelvan á su muy amado hijo.

Si después de esta elocuente defensa el Jurado se hubiera retirado á deliberar, hubiese ciertamente dictado un veredicto negativo sobre todas las preguntas; pero el Presidente tomó la palabra é hizo, según la expresión consagrada, un resumen imparcial, pero este resumen duró dos horas. Cuando cesó de hablar, los Jurados, enfriados por aquel nuevo discurso, calmado, reflexivo, cadencioso, en cierto modo habían olvidado la palabra conmovedora del Defensor, y no sentían latir sus corazones.

He aquí el resultado de su deliberación:

A la primera pregunta:

*¿El acusado es culpable de haber en el Havre, con premeditación, cometido una tentativa de asesinato?... etc.?*

La respuesta del Jurado:

—Sí, el acusado es culpable.

A la segunda pregunta:

*¿De haber, además, en el mismo día y sitio, cometido á la señorita Cora un robo con ayuda de violencias, etc.?*

—No, el acusado no es culpable.

En la mayoría hay circunstancias atenuantes en favor del acusado.

La Sala, sobre la requisitoria del Abogado general, se retira á deliberar y vuelve bien pronto con la sentencia siguiente:

*Vista la declaración del Jurado, de la cual resulta que Jorge Hamel es culpable de haber.....*

*Considerando que hay en favor del acusado circunstancias atenuantes,*

*Vistos los artículos 2.º, 296 y 297, los cuales están concebidos de este modo.....*

*Condénase á Jorge Hamel á cinco años de trabajos forzados.*

Cuando el Presidente pronunció estas palabras: *trabajos forzados*, una voz exclamó:

— ¡Oh, Dios mío!

—Después una mujer que estaba sentada en el banco de testigos, se desvaneció. Era la señora Hamel.

Jorge hizo un movimiento para lanzarse en su socorro; los Gendarmes lo detuvieron. Entonces toda la energía que había demostrado hasta aquel momento, le abandonó, y por sus mejillas corrieron las lágrimas.

Y mientras se transportaba á la señora Hamel fuera de la Sala, el Presidente continuó:

*Y para pagar los daños y perjuicios irrogados á la señorita Cora, se le condena á pagarle una suma de treinta mil francos, pagadera en el plazo de tres años. Se levanta la sesión.*

.....  
Hacia el mes de octubre del mismo año, la señora Hamel se establecía en Tolón á fin de estar más cerca de su hijo, que acababa de ser transportado á presidio.

FIN DE LA PRIMERA PARTE

## SEGUNDA PARTE

El diario de una joven.

I

8 enero 1867.

**L**A tornera acaba de entrar en clase con ese discreto apresuramiento y ese modo de andar que caracterizan su persona, como su capillo negro adornado de estrecha puntilla. Ha dicho dos palabras á la madre Saint-Joseph, que vigila el estudio, y la cual á su vez me ha dicho en voz baja que pedían hablarme y que á pesar de no ser hora á propósito, me autorizaba para bajar al locutorio.

¡Una visita fuera de las horas reglamentarias! ¿Quién podrá ser? Enseguida me pongo la esclavina y los guantes y salgo. En el locutorio me he encontrado con mi padre que me esperaba con impaciencia. Me ha abrazado con más efusión que de ordinario y me ha dicho:

*Querida niña, puedes comprender qué placer tan grande experimento al estrecharte entre mis brazos; largo tiempo he creído que no te volvía á ver. Mientras que quizás tú me acusabas de olvidarte, yo pensaba mucho, muchísimo en tí; no quería causarte un pesar inútil, diciéndote que estaba en peligro, pero me prometía vivir sólo para tí si volvía á la vida. Hoy cumplo mi palabra y te vengo á buscar; vas á dejar el convento. He enterado de mi resolución á la señora Superiora que no me la ha aprobado; tiembla por tu porvenir, y hasta me ha reprochado de egoísta. ¡No temo nada!*